

Este texto está protegido por la ley de derechos de autor. No está permitido ningún tipo de adaptación ni uso sin el permiso correspondiente. El incumplimiento de esta prohibición y el uso del texto sin el permiso correspondiente constituirán una violación de la ley de derechos de autor, o bien de los derechos relacionados con dicha ley, y comportarán responsabilidades civiles y penales. En el caso de estar interesado en utilizar este texto, deberá dirigirse a los representantes legales correspondientes.

Incertidumbre

Francesc Sanguino

Premio Fray Luis de León 2008

Para Aurora

PRÓLOGO

EL GATO DE SCHRÖDINGER

Noche, ciudad de provincias, ensanche de las afueras, hospital, sótano primero, pasillo, banco de asientos. Un hombre de unos setenta, pelo canoso y despeinado, fuma tranquilamente de una pipa. Viste pijama azul celeste y bata. A su lado, una niña de unos nueve años, de largo pelo negro trenzado, vestida también con pijama y bata de guata, estrecha entre las manos un gato de peluche y mira una palomilla merodear alrededor de una luz. El viejo observa a la niña un largo rato y, cuando ésta se da cuenta y gira su cabeza y sus miradas se cruzan, dice:

HOMBRE: ¿Nos conocemos?

La niña niega con la cabeza.

HOMBRE: Disculpa, pensé que nos conocíamos.

El viejo sigue fumando, carraspea levemente.

HOMBRE: Tengo hambre. ¿Tú no tienes?

La niña se saca un caramelo de la boca y se lo muestra al viejo, como si con eso alguien se bastara para no morir de inanición.

HOMBRE: Ah.

La niña deja por un momento el gato de peluche y se atusa la cabellera. Saca luego un par caramelos del bolsillo del pijama y ofrece al viejo. Éste le muestra la pipa, queriendo advertir esa incompatibilidad demostrada entre tabaco y caramelos. La niña vuelve a su gato y el viejo aprovecha para mirarla furtivamente un poco más.

HOMBRE: ¿Cómo te llamas?

La niña no contesta.

HOMBRE: ¿Te ha comido la lengua el gato?

La niña asiente despectiva.

HOMBRE: *(Entregándole la mano para estrechar la de ella)* Yo me llamo Ramón.

La niña suelta el gato y estrecha la mano del hombre. El hombre advierte una mano extrañamente fría para un cuerpo tan pequeño.

RAMÓN: *(Refiriéndose al gato)* ¿Y él?, ¿tiene nombre?

La niña vuelve a negar con la cabeza.

RAMÓN: Pues yo creo que debería tener un nombre, ¿no te parece? ¿Qué tal *Schrödinger*? *Schrödinger* es un nombre bonito, un nombre para un gato con clase, ¿no te parece?

La niña se encoge de hombros.

RAMÓN: *Schrödinger*. Le llamaremos *Schrödinger*.

La niña aparta su mirada del viejo, balancea sus piernas cruzadas, estira de la oreja al gato. Se oye un ruido y el viejo y la niña miran hacia la

puerta de entrada. Una tubería, quizá, la caída de un aparato al suelo. Vuelve el silencio y el viejo golpea la pipa en el tubo de la calefacción, haciendo que caiga la ceniza al suelo.

RAMÓN: En una ocasión, Schrödinger encerró un gato en una caja. En esa caja había colocado previamente un frasco de gas venenoso accionado por una partícula subatómica. Si la partícula se desintegraba, mataba al gato. La probabilidad de desintegración de la partícula era del cincuenta por ciento. La función de ondas que describía el sistema tenía dos posibles soluciones, las dos válidas: el gato estaba muerto o el gato estaba vivo.

La niña gira lentamente la cabeza hacia el viejo y le mira como si estuviera a punto de aplastar con su pie una cucaracha indefensa y boca arriba.

RAMÓN: ¿Estás enferma? (*Pausa.*) Perdon, supongo que es una pregunta estúpida. Yo solo siento una punzada aquí (*se señala*), algo más abajo de las costillas.

El viejo para un instante para tomar aire de la pipa y volverlo a exhalar.

RAMÓN: Ayer estaba estirando las piernas por la planta y vi a un chico en la trescientos quince. Estaba de espaldas a mí, recostado sobre la cama, mirando absorto la pantalla del televisor. Nos saludamos. Tendría unos veinte años, no más. Le pregunté qué tal andaba. Estuvimos un rato hablando, ya sabes: su equipo de fútbol, su novia... Por cierto, me regaló esto... Volví unas horas más tarde para charlar con él. El televisor continuaba encendido, pero él ya no estaba. Pregunté a la enfermera si es que le habían dado

de alta, pero me dijo que no, que en realidad acababa de morir. Acababa de morir, no me lo podía creer. Resulta que aquel chico padecía una enfermedad en proceso terminal. Estaban esperando que el chico se dejara caer sobre la cama de un momento a otro y muriera.

El viejo para un instante, parece emocionado.

RAMÓN: “Suele pasar”, me dijo la enfermera.

La niña aprieta la garra del gato y se oye un maullido grabado que resuena en todo el pasillo.

RAMÓN: Estaba solo, totalmente solo. No había nadie con él, ni su padre, ni su madre, ni ningún amigo. Quizá pensó morir solo. Y qué mejor que aquí, estamos en la misma aduana.

El viejo lanza una nube de tabaco hacia delante como si quisiera sacarse la pena o la rabia.

RAMÓN: El caso es que le había llevado un par de revistas que me dejó mi hija. *(Pausa.)* Parece que fui la última persona que lo vio vivo.

La niña se levanta del asiento, deja el gato, se dirige a la puerta. Se queda un instante parada mientras el viejo la observa sorprendido. Luego, descorazonada, vuelve a sentarse. El viejo toma el gato y se lo entrega.

RAMÓN: ¿Tus padres?

La niña no contesta.

RAMÓN: ¿Qué hora será? Aquí en los hospitales no pasa el tiempo.

La niña aprieta la otra garra del gato. Esta vez suena un gruñido.

RAMÓN: Desde que me ingresaron, he estado pensando más que nunca en que iba a morir. Ahora se me ha quitado de la cabeza. Los análisis dicen que estoy perfectamente. Ni azúcar, ni colesterol, ni nada de nada...

En ese momento, el viejo comienza a toser.

RAMÓN: Solo tengo esta tos que no me deja fumar. ¿Y tú?, ¿has pensado en morirme? ¿Has imaginado que estás delante del médico y que te dice: “Niña, mira, tus síntomas son de una enfermedad degenerativa incurable y vas a morir. Y ahora, toma un par de caramelos y vete a jugar un rato?” Esta vida es una mierda; pero eso sí, pura física, pura ciencia, que decía mi abuelo.

*La niña se queda mirado al viejo, es más que probable que no le entienda.
El viejo se rasca la cabeza un instante y cruza una pierna.*

RAMÓN: ¿Sabes algo de física cuántica?

La niña niega con la cabeza.

RAMÓN: Es la relativa al *cuanto*... A la cantidad de energía...

La niña vuelve a ladear la cabeza de un lado a otro.

RAMÓN: Ese tipo se cargó al gato, lo gaseó como un nazi.

El viejo echa el tabaco al suelo y saca su bolsa para fumar de nuevo. La niña observa la luz de neón del techo como si nada en esta vida fuera con ella.

Lejos, un ruido metálico, sordo. Es madrugada.

EL PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE

HIPÓTESIS A

Mañana, la misma ciudad, barrio periférico, sucursal de una entidad de ahorros, cola de gente. Ramón, cazadora de pana marrón y vaqueros, aguarda con las manos en los bolsillos y la mirada en el suelo. Lee en voz baja una señal pegada en el piso, un adhesivo con la leyenda "Espere su turno aquí". El hombre levanta la cabeza y se dirige a la ventanilla cuando el cliente que hay delante se marcha. La cajera, una mujer de unos treinta, de pelo castaño y recogido, saca un fajo de billetes de una caja y los introduce en otra; luego descubre frente a ella a Ramón.

CAJERA: Dígame.

RAMÓN: Mire, usted no me creerá, pero yo he venido a llevarme el dinero. A mí no me hace falta, aunque considero que el dinero es importante. Es por mi hija. Mi hija padece de ansiedad; no es que sea una enfermedad muy grave, lo sé, pero he pensado que ese dinero podría ayudar a mejorar su salud. Ignoro de cuánto disponen en la caja fuerte, pero lo doy por bueno. *(Se coloca unas gafas de vista con el puente*

reparado con cinta adhesiva.) Si es tan amable de entregármelo...

CAJERA: ¿Disculpe?

RAMÓN: ¿No me ha entendido?

CAJERA: ¿Ha dicho que va a robar el banco?

RAMÓN: Bueno, no he dicho exactamente eso.

CAJERA: Qué susto.

RAMÓN: Simplemente le he pedido que tenga la amabilidad de entregarme el dinero que tenga a mano en este momento.

CAJERA: Perdone, señor, pero creo que se equivoca.

RAMÓN: Pues yo creo que no. ¿No es esto un banco?

CAJERA: Efectivamente, pero no tenemos costumbre de entregar por las buenas el dinero depositado.

RAMÓN: Lo sé, por eso se lo he pedido con toda amabilidad.

CAJERA: Siento decirle que la amabilidad no va a ser un motivo suficiente.

RAMÓN: ¿Y no pueden hacer una excepción por una vez?

CAJERA: Señor, ¿me está tomando usted el pelo?

Silencio.

RAMÓN: Imagine un bosque.

CAJERA: ¿Cómo?

RAMÓN: Un bosque. Es otoño. Usted pasea por ese bosque.

CAJERA: Señor...

RAMÓN: Bajo las copas de los árboles...

CAJERA: Mire...

RAMÓN: No me interrumpa, por favor. ¿Suele pasear por el bosque?

CAJERA: *(En pie.)* Por aquí no hay ningún bosque, lo que va a haber es un montón de policías ahora mismo si no se marcha ahora mismo.

RAMÓN: Imagine que lo hay.

CAJERA: ¿No me oye?

RAMÓN: Un bosque. Usted pasea...

CAJERA: De acuerdo, lo hay... Y ahora, mire usted a su espalda.

La cajera apunta con su bolígrafo hacia el fondo de la sala. Cuando el hombre se vuelve, mira a su alrededor buscando algún compañero, pero no encuentra a nadie, es como si la tierra se los hubiera tragado. Cuando el hombre se vuelve hacia ella...

CAJERA: ¿Ve?, hay gente entrando constantemente en el banco, no puede...

RAMÓN: Usted imagine ese bosque. Cae el sol, las copas de los árboles se mecen por una ligera brisa...

CAJERA: Mire, señor: si no se marcha, llamaré a la policía.

RAMÓN: No he acabado.

CAJERA: Lo lamento, pero no puedo seguir atendiéndole.

RAMÓN: Es mi turno.

La cajera se desespera. Piensa: "No soporto los días de cobro de pensionistas, siempre tiene que aparecer algún loco". La cajera deja caer el bolígrafo, se saca las gafas con violencia y se sienta.

CAJERA: De acuerdo, le escucharé, pero ha de prometerme que se irá en cuanto acabe.

RAMÓN: Por supuesto.

CAJERA: Bien, tenemos un bosque. Dígame.

RAMÓN: Usted pasea por un bosque.

CAJERA. *(Garabateando nerviosa en un papel)* Yo paseo por un bosque.

RAMÓN: ¿Ve el bosque?

CAJERA: Diáfano.

RAMÓN: Es otoño.

CAJERA: Es otoño.

RAMÓN: Usted pasea.

CAJERA: Ya me lo ha dicho.

RAMÓN: Mira los haces de luz que se filtran entre las ramas de los árboles...

CAJERA: ¿Y?

RAMÓN: Una hoja cae.

CAJERA: Muy bien.

Silencio.

CAJERA: ¿Y?

RAMÓN: Nada más. Usted ve esa hoja que cae al suelo. Punto.

CAJERA: No le entiendo. ¿Hay que adivinar algo?

RAMÓN: No. Solo que una hoja cae.

CAJERA: Pues no lo entiendo.

RAMÓN: Piénselo.

CAJERA: No sé.

RAMÓN: Piense.

CAJERA: No lo entiendo.

RAMÓN: Eso es.

CAJERA: ¿Hay que adivinar algo?

RAMÓN: No, solo que la hoja cae.

CAJERA: Pues no lo entiendo.

RAMÓN: Piénselo.

CAJERA: No sé.

RAMÓN: Piense.

CAJERA: No lo entiendo.

RAMÓN: Solo cae una, ¿no le dice nada?

CAJERA: Sí.

RAMÓN: ¿Qué?

CAJERA: Pues que no puede caer solo una.

RAMÓN: Pues solo cae una.

CAJERA: No puede ser. He visto caer muchas hojas. Las hojas caen, todo el mundo lo sabe. Se supone que si el suelo está lleno de hojas y esas hojas estaban en los árboles....

RAMÓN: Se *supone* que las hojas han caído. Pero no se *sabe* que las hojas han caído. Una hoja cae solo si usted la mira. La física es estadística, promedio. El único universo conocido es el observado. No podemos conocer la realidad porque observarla implica desordenarla. *El estado de una partícula siempre se modifica ante la observación*, Heisenberg. ¿Lo entiende ahora?

CAJERA: Perfectamente, señor. ¿Desea algo más?

RAMÓN: Bien, pues ahora, atienda mi petición. Si es tan amable...

La cajera no contesta, decide esperar un instante más para ver qué sucede. Aquel hombre no parece un asaltante de bancos, puede ser una broma de mal gusto.

RAMÓN: ¿No me ha oído?

CAJERA: ¿Perdón?

RAMÓN: ¿Por qué colocan estos cristales tan gruesos? ¿Hay algún otro lugar dónde podamos hablar?

CAJERA: *(Empieza a sospechar que el viejo quizá padezca una de esas enfermedades seniles que afectan al cerebro)* No, señor, lo siento.

RAMÓN: Deberían echar todo esto abajo.

La cajera, cansada de tanta conversación inútil, decide asustar al viejo.

CAJERA: Mire, señor, lo lamento, pero si sigue en esa actitud no voy a tener más remedio que llamar a la policía. Será mejor que se marche. Por favor, señor.

RAMÓN: No he terminado, señorita.

CAJERA: Señor, debe saber que, una vez que active la alarma, este banco dispone de un sistema de seguridad de cierre retardado de más de quince minutos.

RAMÓN: Usted no activará nada, señorita.

La cajera interrumpe su narración de azafata del vuelo sorprendida por la firme actitud del viejo.

RAMÓN: Se lo acabo de demostrar científicamente.

CAJERA: ¿Cómo?

RAMÓN: Ahora, entrégueme el dinero.

La cajera se queda paralizada. Por un momento, la cajera ha pensado que sacaba una pistola y disparaba sobre ella.

CAJERA: Oiga, ¿está usted loco o qué le pasa?, ¿sabe qué se la está jugando? ¿No le importa que yo llame a la policía? ¿Sabe cuánto le puede caer? ¿Es que no se lo han dicho? ¡No se puede ir por la vida como va usted!

Ramón no reacciona; sigue con sus gafas de vista, como determinado a contar los billetes uno a uno en cuanto la cajera se los despache.

CAJERA: No puede ser que quiera robar este banco, no tiene aspecto de ladrón, y menos, tan mayor. Se le nota que no necesita dinero. No, usted no viene a robar el banco. Ande, señor, márchese a su casa con su mujer y déjese de tonterías.

RAMÓN: Ve, se lo había dicho: está científicamente comprobado. Usted ve a un pobre e inofensivo viejo contándole una historia absurda, así que si aprieta el botón de alarma, formará un escándalo innecesario: policía, gente histérica, víctimas inocentes... Piensa: "¿Qué haré con la hipoteca que he pagando, con las letras del coche? ¿Qué haré, en fin, con mi futuro?". Proposición, hipótesis y resolución: yo venía a llevarme el dinero, pero usted ha decidido que no es así.

La mujer queda paralizada, no sabe qué pensar. ¿Y si es una prueba de los directivos?

RAMÓN: Lo malo es que a partir de ahora, a usted siempre le invadirá la incertidumbre.

La cajera le ha escuchado atentamente, casi hipnotizada, y ahora siente como sus piernas se duermen.

RAMÓN Por cierto, ¿tiene bonobús?

El hombre saca un billete y lo deposita en la bandeja. La cajera, con evidentes signos de nerviosismo, cuenta tres billetes y se los entrega.

LA DUALIDAD ONDA-PARTÍCULA

Mediodía, la misma ciudad, centro, restaurante, mesa pegada a la ventana. Dos personas, una de ellas es Blanca; la otra, Manuel, un hombre de unos cuarenta, en mangas de camisa. Ella da vueltas a la pulsera que lleva en la mano izquierda.

MANUEL: *(Jugando con el tenedor, repasando los bordes con los dedos) ¿Te pasa algo?*

BLANCA: No.

MANUEL: ¿Te has enfadado por lo que he te he dicho?

BLANCA: ¿Qué me has dicho?

MANUEL: Nada, da igual, nada.

MANUEL: Es que parece que...

BLANCA: No me pasa nada.

Silencio.

MANUEL: ¿Cómo está tu padre?

BLANCA: Bien.

MANUEL: ¿Van a ingresarlo?

BLANCA: Creo que sí.

MANUEL: Bueno, no creo que sea nada.

BLANCA: No...

Un silencio.

MANUEL: ¿Estás preocupada por él?

BLANCA: ¿Por mi padre?

MANUEL: Sí.

BLANCA: Pues no. No es precisamente mi padre lo que me preocupa.

MANUEL: Ah. ¿Entonces?

BLANCA: Entonces, ¿qué?

MANUEL: ¿Qué es?

BLANCA: ¿Qué es, qué?

MANUEL: Bueno, estás rara.

BLANCA: No, no eres tú, tranquilo.

MANUEL: Estás rara.

BLANCA: Ah, ¿sí?

MANUEL: Sí.

BLANCA: Pues, avísame cuando cambie de color.

Otro silencio, esta vez más tenso.

MANUEL: Oye, ¿tienes algún problema conmigo?

BLANCA: ¿Contigo? No tengo ningún problema. O sí que tengo problemas, tengo los problemas normales de todo el mundo.

Silencio.

BLANCA: ¿Pedimos?

MANUEL: De acuerdo.

Ambos abren la carta y comienzan a leerla.

MANUEL: ¿Qué quieres?

BLANCA: No sé... Pide lo que quieras.

MANUEL: ¿No tienes hambre? Si quieres, nos vamos.

BLANCA: ¿Nos vamos? ¿Adónde?

MANUEL: Es que parece que no tienes hambre.

BLANCA: Sí que tengo hambre. Pide.

MANUEL: No, no, pide lo que tú quieras.

BLANCA: Que no, hombre. Pide cualquier cosa, lo que sea. Ya sabes que me da igual lo que pidas, la comida me da igual, me da igual comer, me trae sin cuidado, como cualquier cosa, me gusta todo.

MANUEL: *¿Carpaccio?*

BLANCA: No, no me gusta el *carpaccio*.

MANUEL: Entonces, pide lo que te dé la gana.

Manuel cierra la carta de golpe y se echa índice y pulgar a los ojos, en un gesto de cansancio.

BLANCA: Es que no me apetece comer *carpaccio* precisamente.

Silencio.

BLANCA: No es para ponerse así.

Silencio.

BLANCA: No es para ponerse así.

MANUEL: Solo te he preguntado si te pasaba algo...

BLANCA: Y yo te he contestado que no me pasa nada.

MANUEL: No, tú me has contestado bastante mal. Si no hablo, te quejas; y si hablo, peor. La próxima vez, me dedicaré a clavarme el cuchillo entre los dedos, a ver cuántas veces acierto.

BLANCA: No te enfades, por favor.

Un silencio.

BLANCA: Estás enfadado.

MANUEL: No estoy enfadado.

BLANCA: Tú no puedes saber si estás enfadado o no.

MANUEL: Ah, ¿no? ¿no puedo saberlo? ¿y por qué no?

BLANCA: Porque tú no te das cuenta. Cuando uno está raro, o preocupado, o enfadado por algo, no se da cuenta. Lo nota el otro, los demás, no él. Tú sigues enfadado mientras los demás te preguntan por qué estás enfadado.

MANUEL: O sea, que tú tampoco te darías cuenta de que te pasa algo si te pasara a ti y yo te lo preguntara, ¿no? Entonces, ¿por qué has dicho antes que no te pasaba nada? Eso quiere decir que a ti sí te pasaba algo y que tú no te dabas cuenta.

BLANCA: Estás enfermo.

MANUEL: Vaya por Dios.

BLANCA: Y eres un vengativo.

MANUEL: Bueno, no lo liemos más.

BLANCA: ¿Y si resulta que me pasa algo y no me doy cuenta?

MANUEL: ¿Y si a mí me pasa lo mismo?

BLANCA: ¡Qué casualidad, hombre! Y si yo me tiro por un puente, tú te tiras también.

MANUEL: ¡Ya está bien!

BLANCA: Lo que diga el señor.

MANUEL: No, lo que yo diga, no.

BLANCA: Es siempre lo que tú digas. Vamos a hacer esto, vamos a hacer lo otro; ahora habla, ahora cállate...

MANUEL: Eso intento, lo he intentado desde el principio. Te he preguntado qué querías comer, pero tú...

BLANCA: Hombre, claro, en ese tipo de decisiones también dejo yo los mandos. ¿Por qué no lo haces cuando me cuentas problemas *más importantes*?

MANUEL: ¿A qué te refieres?

BLANCA: A nada en particular y a todo. A nosotros, a nuestra relación.

MANUEL: Sí, te dije que no sería un viaje en línea recta, y que era posible que nos quedáramos a mitad de camino.

BLANCA: Oye, ¿tú te crees que soy un coche o qué? ¿Por qué me tratas como a un objeto siempre? Cuando no me comparas con un coche, me comparas con un libro o con una canción. ¿Es que no puedo ser yo? ¿Tengo que ser siempre *algo*?

MANUEL: ¿Qué?

BLANCA: Lo que oyes. Estoy harta de que me hables con metáforas.

MANUEL: Pido perdón mis metáforas. Disculpa. Ahora, cambiemos de tema por favor.

Blanca agarra el bolso y saca un paquete de tabaco y un mechero. Después, enciende con nerviosismo el cigarrillo y se queda mirando a Manuel como si quisiera decirle algo, pero no lo hace. En ese momento, Manuel levanta la vista de la carta y le ofrece la mano a ella para que se la tome. Ella no se la entrega.

MANUEL: ¿Es por el trabajo? Seguro que de aquí a poco encontrarás otro.

BLANCA: Nunca te he pedido nada; así que no te pongas nervioso porque no lo voy a hacer ahora; ni te voy a pedir un trabajo, ni un piso, ni que dejes a tu familia por mí. Ahora, por favor, hemos venido a este maravilloso restaurante a comer.

Suena el móvil de Blanca. Lo toma.

BLANCA: ¿Sí?... Sí, soy yo... ¿Cómo?... Sí, es mi padre, sí... Sí, por supuesto, ahora mismo... Gracias.

Blanca desconecta y se levanta rápidamente.

MANUEL: ¿Qué pasa?

BLANCA: Mi padre: está en comisaría.

MANUEL: ¿Qué? ¿Y por qué?

BLANCA: ¿Y yo qué sé? Tengo que ir a por él.

MANUEL: ¿Ahora? Vamos a comer...

BLANCA: Manuel, por favor, mi padre está en el calabozo de una comisaría. Me largo.

Blanca recoge su chaqueta y su bolso e inicia la marcha, pero antes de salir...

MANUEL: Blanca...

BLANCA: ¿Qué?

MANUEL: ¿Nos vemos esta noche?

BLANCA: No.

MANUEL: ¿Mañana? Te llamo mañana.

BLANCA: No, no me llames. Ya te llamo yo.

Y se marcha. Manuel se queda solo. Abre la carta de nuevo y meneala cabeza. Se echa una mano a la chaqueta y saca un cigarrillo, solo uno.

LA ECUACIÓN DE ONDAS

Centro de la ciudad, gran avenida.

BLANCA: *(Estrujando un Kleenex con violencia)* Por mucho que me lo hubieran dicho, y prometido, y jurado, papá, jamás habría pensado que me iba a sentar ante la mesa de un comisario para convencerle de que mi padre padece de locura transitoria y el numerito del banco solo ha sido eso, un numerito de un viejo chocho. Solo a ti se te puede ocurrir comprarte una bolsa de tabaco en forma de una pistola calibre treinta y ocho. Ni que fueras un legionario.

RAMÓN: Acabas de saltarte un semáforo en rojo.

BLANCA: Estaba en ámbar.

RAMÓN: En rojo.

BLANCA: Déjame, que estoy nerviosa; y ya sé que estaba en rojo.

Blanca para ante un paso de cebra. Un niño cruza, llega a un charco que hay al otro lado y se queda parado en medio, viendo cómo el agua alcanza

la piel del calzado y la tiñe de oscuro. Blanca y Ramón observan al niño esperando que vuelva a salir del charco, pero el niño permanece dentro, escupe y observa cómo el escupitajo navega en un mar de grasa y agua. Blanca inicia la marcha a toda prisa. Ramón gira la cabeza para seguir mirando al niño, que ahora se aleja del charco con la mirada puesta en un escaparate de una tienda de deportes.

RAMÓN: La llevo porque me la regaló Mario. Mario es el mejor amigo que tengo.

BLANCA: ¿Sabes cuánto te puede caer por intentar robar un banco?

RAMÓN: Nada.

BLANCA: Por favor, papá.

RAMÓN: Nada. Soy mayor de setenta años. Para la justicia, estoy jugando los minutos de la basura. Y no creo que se pueda considerar robo de banco solicitar que te entreguen el dinero que tengan en la caja.

BLANCA: No, eso se considera gilipollez.

RAMÓN: No es para tanto. Era una broma. Lo único que pretendía era presumir un poco ante la cajera.

BLANCA: Pues vaya susto le has dado. ¿Sabes que ahora mismo está con una crisis de ansiedad en el hospital?

RAMÓN: Se buscan cualquier excusa para pedir la baja.

BLANCA: Como se le ocurra demandarte, te veo en la calle, papá.

RAMÓN: Yo también me veo, sin que me demanden.

BLANCA: No digas tonterías.

RAMÓN: ¿Ibas a llevarme tú o tu hermano a vuestra casa si yo tuviera algún problema?

BLANCA: Por supuesto.

RAMÓN: Por supuesto que no. Y no te preocupes por mí. La policía no me ha tomado en serio en ningún momento. Me han tenido en ese despacho para meterme un poco de miedo, y en cuanto me he puesto a babear, me han dicho dos tonterías y me han soltado. Venga, para por aquí, y nos tomamos un café.

BLANCA: Qué bonito. No tienes en cuenta que me han hecho a mí responsable y he tenido que aguantar yo el chaparrón.

RAMÓN: Para eso te cambié los pañales, te di de comer, te aseguré una educación y te pagué una carrera. No protestes porque tengas que aguantar seis o siete años al viejo de tu padre. Dentro de poco, no me podré ni levantar de la silla. Y no espero que vengáis a verme tú y tu hermano imaginario, por supuesto.

BLANCA: Cada día estás peor, papá. ¿Qué te pasa?

RAMÓN: ¿Y a ti, Blanca? ¿Qué te pasa a ti?

Blanca no contesta. Ramón saca la pipa y un montoncito de tabaco que ha podido guardar en el bolsillo de su chaqueta antes de que la policía le requisara su bolsa de tabaco.

RAMÓN: Espero que me devuelvan la bolsa de tabaco.

BLANCA: ¿Qué haces, papá?

RAMÓN: ¿No lo ves? Fumar.

BLANCA: ¿Aquí?

RAMÓN: ¿Tampoco se puede fumar en el coche? ¿Qué coño os pasa? Me he pasado la vida fumando en todas partes y ahora resulta que tenéis miedo a un cáncer de pulmón. Pues me parece que llegáis tarde. El cáncer de pulmón os lo causé antes de vuestra comunión, por lo menos.

BLANCA: Fuma y haz lo que te dé la gana. Es lo que siempre has hecho.

RAMÓN: Mira, Blanca, no te preocupes: para ahora mismo y me lo fumo tranquilamente en un bar.

BLANCA: Déjalo, papá.

RAMÓN: Que no, que no, que me voy a un bar.

BLANCA: Papá, no voy a parar ahora.

RAMÓN: Y yo te digo que pares, coño. O paras o me bajo en marcha.

Ramón toma la manilla de apertura de la puerta. Blanca para. Ramón sale. Blanca permanece un rato allí y ve cómo su padre se aleja. Ramón fuma y tiene las manos cruzadas a la espalda. A Blanca, no sabe por qué, la escena le recuerda el día en que su padre la llevó a las Josefinas, para ver si la admitían. Recuerda las patillas largas y negras de su padre y a la monja, una mujer tigreña de enormes pechos que llevaba colgada una medallita de Santa Juana de Arco.

Blanca acciona el mecanismo eléctrico que hace subir la ventanilla del coche y se marcha.

EL EFECTO TÚNEL

Primera hora de la tarde, centro de la ciudad, café, mesa junto a la ventana. Blanca y una amiga (Gloria) de unos treinta años, o quizá algo más. Gloria parece muy nerviosa y no hace sino sacar las servilletas de papel y trocearlas en cachitos muy pequeños.

GLORIA: Mi padre, Blanca, mi propio padre. Ese asqueroso viejo verde de mi padre. No lo entiendo, no sé qué ocurre, pero la gente ha debido de volverse loca en masa; es una epidemia, un virus, no sé. No entiendo cómo a todo el mundo le ha dado por lo mismo. Y seguramente querrá que vaya también a la boda... No tiene sentido, Blanca, esto es una tragedia, una tragedia de magnitudes importantísimas; lo miraré en Internet, seguro que hay páginas y páginas hablando de esto.

BLANCA: Es ley de vida.

GLORIA: Sí, ya lo sé, pero ¿mi padre? Si tiene setenta y cuatro años y le falta una pierna, Blanca.

BLANCA: Bueno, pero...

GLORIA: No lo puedo entender. ¿Y sabes qué era ella? Taquillera. Taquillera de un cine. No lo entiendo, no lo entiendo y no lo quiero entender. Mi padre, casándose con una ex taquillera murciana y con cuatro hijos... Mila también se casa. Embarazada. ¿Es que también está de moda casarse embarazada?

BLANCA ¿Qué Mila?

GLORIA: Blanca: Mila; Mila y Juanlu, Juanlu y Mila... ¿no te acuerdas? Tengo que ir a ver su lista de boda. Otra que tal. ¿Sabes cuánto dinero llevo gastado en listas de boda en lo que va de año? Perdí la cuenta el mes de junio. Y ahora mi padre. Y Eva.

BLANCA: ¿Eva también se casa?

GLORIA: Nena, Eva se casó hace ocho años. Eva también está embarazada. Lo espera para marzo; y Claudia, para dentro de dos meses. Somos una granja de conejas, Blanca. De Claudia me lo esperaba, pero de Eva... Después de tanto tiempo, ya ves. Estaba deseando, pero con su marido no había manera, no quería tener hijos. Es un raro, todo el mundo lo dice. Aunque yo no creo que sea tan raro, es muy buena persona, muy amable. Yo lo que creo es que en el fondo es maricón.

BLANCA: ¿Rafa?

GLORIA: Sí, Rafa. Un maricón de los auténticos.

BLANCA: Pues a mí nunca me lo ha parecido. No sé, con esa barba, tan serio...

GLORIA: Es un maricón vicioso. Un día se lo tengo que decir a Eva.

BLANCA: Yo no creo que sea maricón.

GLORIA: No sé qué pensar. No me gusta, no me gusta esto un pelo.

BLANCA: No te gusta, ¿el qué?

GLORIA: Todo esto de las bodas, todo esto de casarse. Hay miles, cientos de personas interesadas en ese tema, es un *boom*, un auténtico fenómeno social, Blanquita. Alguien debería hacer algo. El otro día vi a Raúl ¿Te acuerdas de Raúl? Pues resulta que también se casó hace poco. Bueno se casó y se separó al cabo del mes. Ahora vive en Barcelona. Es coordinador de una ONG, eso me dijo. Me dijo: “A ver si me llamas y tomamos café antes de que me vuelva a Tirana”. “¿A Tirana?” “Tirana está en Albania”. “Ya sé que estará en alguna parte”. Total, que lo llamo y me cuenta que hace poco estuvo con Cristina, la de Andrés, y le dijo que Miguel se había casado con Ruth y que le iba muy bien, y que se había comprado una casa en el Cabo de más de medio millón. ¡También se ha casado, Blanca! Yo ya lo sabía porque me lo había contado Rosa, la de Sergio. Más de medio millón, Blanca. No lo entiendo, ¿cómo se puede comprar una casa de más de treinta millones trabajando

en un supermercado? Eso me suena raro. ¿No estará metido en una de esas *networks* de pornografía infantil? Por cierto, Cristina ha tenido una niña, le ha puesto Azul. Qué horrible, “Azul”. Es que resulta que Cristina le ha decorado la casa a Miguel, bueno, parte. Unos muebles coloniales y las cortinas. Todo precioso, divino, Blanca. Bueno, yo no he visto la casa, pero me lo ha dicho Rosa. Miguel la invitó a cenar a ella y a Sergio. ¿Sabes qué me dijo Raúl? Que en Albania tuvo que recorrer más de ocho kilómetros andando para conseguir agua. ¡Andando! Los niños se estaban deshidratando como locos. Y había más de sesenta en las tiendas. Un colegio entero, Blanca. Dice que han muerto ya cientos, que no tienen qué echarse a la boca (*Traga compulsivamente un trozo de tarta.*) ¿Por qué todo el mundo se casa, Blanca? Bueno, todo el mundo menos Nuria. Hay muchos niños enfermos, y otros perdidos, buscando como posesos a sus padres. ¿Por qué nadie les dice que sus padres han muerto, coño? Tengo que ir a la lista de boda de Mila hoy mismo, quiero regalarle un juego de café. ¿No es tremendo? Creo que voy a apuntarme a una de esas ONG. Mañana mismo lo busco en Internet. ¿Sabes que me he comprado unas sandalias en Internet? Esto de Internet es increíble (*se echa a la boca un trozo enorme de tarta de fresa y chantilly*). ¿Qué me estabas diciendo?

BLANCA: Que estoy embarazada.

GLORIA: Qué graciosa.

BLANCA: No es una broma.

GLORIA: Claro, no es una broma.

BLANCA: Estoy hablando muy en serio, Gloria.

GLORIA: Blanca, Blanquita: soy yo, estás hablando conmigo, con tu amiga de siempre, de toda la vida; ésa que estuvo contigo cuando te bajó la regla y te presentó a tu primer novio.

BLANCA: Gloria.

GLORIA: Blanca: vimos *Fiebre del sábado noche* juntas, ¿no te acuerdas? Nos castigaron.

BLANCA: Gloria.

GLORIA: ¿Qué?

BLANCA: Te estoy diciendo que estoy embarazada.

Gloria deja de engullir su tarta de fresa y chantilly por un instante y mira a Blanca esperando que confiese que es una broma pesada y estúpida, pero no sucede.

GLORIA: ¿Embarazada?

BLANCA: Justo.

GLORIA: ¿Preñada, Blanca?

BLANCA: Sí.

GLORIA: ¡Dios mío, Blanca, estás embarazada!

BLANCA: De doce semanas.

Blanca da un sorbo de su café con leche.

GLORIA: ¿Lo sabe él?

BLANCA: No, todavía no se lo he dicho.

GLORIA: Realmente, no sé qué decirte. Creo que en tu lugar yo haría lo mismo. (*Pausa*) Supongo que debes decírselo, claro, es el padre. De todos modos, no te preocupes, creo que estás tomando las cosas a la tremenda. Es mejor hablarlo despacio, con mucha calma: una velas, una mesa bien puesta y una porcelana, una porcelana de Limoges, quizá. Sí. Dialogar, hablar, dejar las cosas claras y-aquí-no-ha-pasado-nada. Un embarazo pasa todos los días. Hay cientos de mujeres, miles que se quedan embarazadas, no te lo puedes imaginar, es un *boom*. Se está convirtiendo en algo alarmante. Pues tienes a tu hijo y ya está. Yo haría lo mismo en tu lugar. Bueno, no, creo que abortaría. Sí, abortaría. Tener un hijo es una gran responsabilidad. Yo, si estuviera en tu lugar, abortaría. Claro que, tienes que hacerlo a escondidas. En este país no se puede abortar legalmente, no sé si lo sabes. Qué asco de país, oye. Yo creo que abortaría. O votaría a otro partido, no sé. Verás como todo se arregla. Ahora le llamas y le propones comer juntos. Vais a ese restaurante que tanto te gusta y se lo dices con calma, con tranquilidad. Antes o después, todo se soluciona. Vete al Oneguin, pide un *carpaccio*. El *carpaccio* es lo mejor para los momentos de confesión. Ya verás cómo todo sale perfecto.

BLANCA: No me gusta el *carpaccio*.

GLORIA: Pues pídelo, pero no te lo comas. Yo nunca me lo como. Todo tiene arreglo. Nadie se ha muerto por eso, Blanca.

Blanca mira a través de la ventana. Un coche frena en seco. Llueve más fuerte.

GLORIA: Lo dicho, ahora mismo llamas a Manuel y ya está. Coméis juntos y lo habláis. Y por favor, Blanca, no te pongas histérica ni empieces a gritarle. No te pongas histérica. Se lo cuentas con tranquilidad. ¿No te parece que es un poco extraño?

BLANCA: ¿El qué?

GLORIA: Lo de Miguel, Blanca, lo de Miguel.

BLANCA: Pues, no sé.

Suena un teléfono. Gloria se echa la mano al bolsillo sin encontrar el aparato. Mientras, Blanca abre su bolso y saca el suyo. Responde.

BLANCA: Dime... ¿Qué dices?... ¿En serio? Por favor, Alberto, no me gastes bromas, ¿lo dices de verdad? ¿Seguro que no pasa nada?... Qué susto me has dado... ¿Cómo?, ¿no puedes ir tú?... Sí, sí, Alberto, yo puedo ir, pero no ahora, me viene muy mal... No, no tengo coche, está en el taller... De acuerdo, yo iré, adiós... (*Cuelga*)

GLORIA: ¿Qué pasa?

BLANCA: Mi padre.

GLORIA: ¿Le ha pasado algo?

BLANCA: Parece que le ha dado un dolor en una pierna. He de irme, Gloria. Mi hermano no puede acercarse, tiene que recoger a su hijo de la clase de natación.

GLORIA: ¿Quieres que te acompañe?

BLANCA: No, gracias, Gloria; eres muy amable.

GLORIA: Si quieres te acompaño, pero no creo que sea nada. Ya se sabe con la gente mayor: parece un enfisema pulmonar y luego son gases. No será nada.

BLANCA: Claro.

GLORIA: ¿En la pierna? Claro que si es en la pierna, puede ser una trombosis. Aunque a mí no me hagas caso, que no soy neuróloga. Pero si es una trombosis en una pierna o un infarto cerebral, no te preocupes: al padre de Paco le pasó lo mismo y ahí lo tienes, mejor que antes.

BLANCA: Esperemos que no sea nada. Da recuerdos a tu padre. Ah, y por favor, no comentes a nadie lo de mi embarazo. A nadie.

GLORIA: Soy una tumba, Blanca, soy una tumba.

Blanca guarda el teléfono en el bolso y recoge éste y la gabardina.

GLORIA: Corre, ve. Y no te preocupes, que yo pago la cuenta. Luego me llamas y me comentas también cómo has quedado con Manuel. O te llamo yo. La semana que viene. Podríamos comer juntas y me cuentas. O me llamas. Eso, me llamas, haz el favor de llamarme, que nunca me llamas. Y me dices qué ha pasado con tu padre. Pero no me llames esta noche

que no voy a estar. Llámame pasado mañana. Y no me llames al móvil, que siempre me lo dejo en cualquier parte... Y no hagas caso de lo que he dicho de tu padre, que yo soy una burra, no tengo ni idea de medicina. Ni de piernas.

Gloria da otro lametazo a la cuchara. Blanca sale del café.

GLORIA: Hija, no hablamos nada. *(repasa la cucharilla en la copa intentando hacerse con los restos del chantilly)* Hay que ver esta chica, cuántos problemas tiene... *(saca el móvil del bolso y marca. Alguien, al otro lado, contesta)* ¿Eva, eres tú?... Eva, tengo que contarte una cosa, no te lo vas a creer... Aunque no sé si debo decírtelo... Bueno, sí, te lo cuento, ¿por qué no te lo voy a contar?

Gloria mira a través del cristal y saluda a Blanca por última vez, que cruza la calle a toda prisa.

GLORIA: Blanca está embarazada. Lo que oyes.

RAMÓN

Menos \hbar^2 al cuadrado dividido por dos veces la masa y multiplicado por la segunda derivada parcial de la función de onda respecto a la coordenada espacial, más la función de onda multiplicada por el potencial, es igual a la solución imaginaria de \hbar^2 por la derivada parcial de la función de onda respecto del tiempo. Ecuación de ondas de materia, Schrödinger.

LOS TAQUIONES

Neumáticos mojados, olor de agua de lluvia en la ciudad. Blanca sentada en la parada del autobús. Solo una señora más y dos chicos de pie. La señora lleva una bolsa de la que sobresale un apio y el envase de un producto de limpieza. Los chicos hablan de un argentino que acaba de fichar por un equipo grande.

BLANCA: Creo que es mejor que no nos volvamos a ver. Creo que es mejor que no me llames. No me llames ni el sábado ni el domingo. El domingo me meteré en el cine en la primera sesión y saldré en la última. No me llames, no me llames nunca más. Es mejor que nos separemos. Para siempre. No quiero saber nada más de ti. Y no me saludes si nos vemos por la calle. Quiero tener la sensación de que nunca te he conocido, cabrón (*Pausa*). Cabrón. Hijo de puta. Cerdo. Cabrón. Cerdo.

Un silencio. Llega el autobús, pero Blanca no se levanta; ni siquiera mira cómo los chicos hacen que un señor que bajaba en ese momento tropiece y cómo éste los maldice y se lamenta del rasguño y de la media rota después. Tampoco la señora se mueve del asiento, más bien observa a Blanca de soslayo sorprendida.

BLANCA: ¡¿Qué si estoy enfadada?! ¡¿Qué si estoy enfadada?! ¿Tú eres imbécil? ¿Tú eres imbécil o qué, hijo de puta? Te estoy diciendo que no quiero verte nunca más; estoy embarazada y he decidido que voy a abortar. Si te parece, estoy para dar botes de alegría. Cerdo. Gilipollas.

Blanca saca un pañuelo y se suena.

BLANCA: Cerdo. Cerdo. Cerdo. Cerdo.

La señora de al lado no ha tenido más remedio que girar la cabeza y mirar a Blanca. Blanca se da cuenta y mira a la señora y siente una especie de arena bajar por el esfínter. Suena el teléfono, Blanca lo saca del bolso y acto seguido dice:

BLANCA: Dime, Papa... No, no tengo nada que hacer... De acuerdo... No, no, no me pasa nada, solo estoy resfriada... Que no, que no, coño, que no tengo nada que hacer... De acuerdo.

Blanca desconecta el aparato y agarra de nuevo el pañuelo. Llega el autobús. La señora se levanta para tomarlo. Apenas mira a Blanca, pero advierte que no se levantará para tomarlo. La señora sube por fin agarrándose firmemente de la barra. El autobús se pone en marcha casi al mismo tiempo y desaparece girando por la primera calle que baja a la izquierda. Blanca se queda sola en la parada, sonándose.

BLANCA: Cerdo.

LOS AGUJEROS NEGROS

Atardeciendo, la misma ciudad, barrio periférico, bloque de doce plantas con jardín, piso séptimo, salón. Ramón, el mismo hombre del principio, paseando por la casa, observando los cuadros, los objetos, tocándolo todo.

RAMÓN: Daba miedo. Daba realmente miedo. Al principio, ni le reconocí. Es que estaba mucho más delgado. Dice que apenas puede comer, pero le obligan. *(Pausa)* Yo no creo que salga de ésta. Todo el mundo dice que se recuperará si él quiere, pero a mí me da que no llega al verano. Otro más al hoyo. El otro día me encontré con Roberto... ¿Te acuerdas de César, aquel chico que venía de vez en cuando? Pues su padre, un derrame. Y eso que le habían dado tres infartos en dos años. Ahora va y se muere de un derrame cerebral. Si parece que le estoy viendo jugando a la petanca... Jacinto: asma. Juan Antonio: cáncer de pulmón. A Vicente se le complicó una bronquitis, pero está bien. Alonso está muy delicado, tiene el páncreas hecho un asco. Es que son ya setenta y cuatro. *(Mientras toma una foto enmarcada del aparador, la observa un instante)* El páncreas es una glándula que echa un jugo al intestino

delgado para facilitar la digestión, algo parecido a la saliva....

Entra Blanca. Lleva en las manos un frasco y un vaso de agua; también una revista bajo del brazo. Saca una píldora del frasco y se la toma.

RAMÓN: Siete, solo quedamos siete del colegio.

Blanca se coloca ante el televisor ya encendido.

RAMÓN: ...Pero si al páncreas le da por no segregar ese jugo... "Amigo, lo va a pasar usted realmente mal", le dijo el médico. Así le vienen esos dolores. No hay manera de que coma, dice que le quema el estómago como si hubiera tragado una brasa...

BLANCA: Papá...

RAMÓN: ¿Qué?

BLANCA: ¿Por qué tienes esa maldita costumbre de contarme entierros mientras yo estoy metida en el cuarto de baño? ¿Tú sabes lo insufrible que es oírte contar el parte médico habitual de todos tus amigos y conocidos?

RAMÓN: ¿Yo? Vaya, pues no me doy cuenta nunca.

BLANCA: Ah, ¿no? ¿Sabes lo que es estar sentada en la taza oyendo uno por uno todos los casos de fallecimiento, todas las misas de difuntos, todos los panegíricos de toda una generación que desaparece de la capa de la tierra mientras yo intento por todos los medios pasar tranquilamente un rato de intimidad evacuando? Hoy ya me han dado ganas

de clavarme el cepillo de dientes en la campanilla con tal de no oírte.

RAMÓN: Lo siento, Blanca, pero es que nos vemos de tarde en tarde y casi no hablamos de nada.

BLANCA: ¿Hablarne de qué, papá? ¿De cómo a tu amigo Jacinto le cortaron un pie por la gangrena y lo incinerasteis en la barbacoa de un amigo?

RAMÓN: ¿Quién ha hecho tal cosa?

BLANCA: Si no fue así, fue parecido. Siempre son cosas de ese estilo, papá. Últimamente solo te entretienen desgracias, muertes y amputaciones.

RAMÓN: No incineramos ningún pie. A quien incineraron fue a Pepe Punzano, y fue en el puerto donde esparcimos sus cenizas.

BLANCA: Como si fuera en el Annapurna, papá. Era solo un fiambre.

RAMÓN: Pepe Punzano era muy amigo mío. Y gracias a él tu madre pudo ir a esa clínica de Barcelona. ¿Ya no te acuerdas?

Un instante de silencio, de tensión contenida en las manos de Ramón.

BLANCA: No, no me acuerdo.

RAMÓN: Murió hace casi dos años.

BLANCA: *(Se da cuenta de que quizá pisado demasiado a fondo.)* Lo siento en el alma.

RAMÓN: Gracias. ¿Puedo sentarme?

BLANCA: Sí, claro.

RAMÓN: (*Sentándose*) ¿Qué estás viendo?

BLANCA: Estoy viendo una película. Y un documental. ¿Vas a quedarte?

RAMÓN: Bueno, pensaba quedarme un rato... Te he traído algo para cenar.

BLANCA: No tengo hambre.

RAMÓN: ¿De qué va?

BLANCA: ¿La película o el documental?

RAMÓN: (*Duda*) La película.

BLANCA: (*Con desgana*) Es un matrimonio. Bueno, él no está casado con ella. Viven juntos. Él está casado con otra, no quiere divorciarse. Sus hijos...

RAMÓN: Creo que la he visto.

BLANCA: Pues eso: él vive con una, pero está casado con otra.

RAMÓN: O sea, que vive con su amante, pero no quiere separarse por sus hijos. Qué bonito está eso.

BLANCA: Bueno, él... quiere a sus hijos, y es católico.

RAMÓN: Por supuesto, eso solo lo hace un católico.

BLANCA: La mujer no quiere darle el divorcio.

RAMÓN: Vamos, que te lo tragas todo, hija. Menuda cara le echan algunos. Lo que no entiendo es cómo alguna mujer aguanta eso.

BLANCA: Bueno, se quieren.

RAMÓN: Qué sinvergüenza.

BLANCA: Papá, es una película. ¿Me dejas verla o qué?

RAMÓN: Claro.

Una pausa.

RAMÓN: *(Señalando la pantalla del televisor)* ¿Ése no es Robert Taylor?

BLANCA: No, no es Robert Taylor.

RAMÓN: ¿Seguro?

BLANCA: Seguro. Es Michael Caine.

RAMÓN: Pues se parece a Robert Taylor.

BLANCA: Sí, son iguales, todo el mundo lo dice.

RAMÓN: Lo digo en serio. Claro que Robert Taylor llevaba bigote.

BLANCA: Papá, ¿por qué todos los actores te parecen Robert Taylor?

RAMÓN: Eso no es cierto. Lo que pasa es que no llevo gafas y no distingo bien.

BLANCA: Ya. Pues no, no es Robert Taylor. Y ahora, cállate.

Otra pausa.

RAMÓN Mi tío Jesús se parecía mucho a Robert Taylor.

BLANCA: Qué bien.

RAMÓN Y mi tío Manolo a Joseph Cotten. Su mujer, Rosalía, se parecía a Maureen O'Hara; tenía una hermana que era igual que Verónica Lake; y el padre de ellas estaba entre Tyrone Power y Douglas Fairbanks.

BLANCA: Y el perro, ¿a quién se parecía?, ¿a Rin Tin Tín?

Ramón no contesta, se siente muy ofendido. No le gusta que hagan bromas de su familia, más que nada porque le quedan pocos.

RAMÓN: ¿No estabas viendo el...?

BLANCA: Papá...

RAMÓN: ¿Qué?

BLANCA: Déjame ver la película.

Ambos se quedan mirando el televisor. Al rato, Ramón empieza a jugar con la dentadura postiza.

BLANCA: Papá...

RAMÓN: ¿Sí?

BLANCA: ¿Quieres dejarte la dentadura en paz?

RAMÓN: ¿La dentadura?

BLANCA: Sí.

Otro momento de silencio. Blanca cambia de canal y ve cómo un cocodrilo despedaza un antílope entre el fango y los parásitos.

RAMÓN: Esta mañana...

BLANCA: Chisstt...

Silencio.

RAMÓN: ...he ido a por los análisis.

De nuevo, silencio.

RAMÓN: Tengo cáncer.

Ninguna respuesta.

RAMÓN: *(Mira el reloj)* Me quedan cinco minutos de vida.

BLANCA: *(Absorta en la contemplación del documental)* ¿Perdona?

RAMÓN: Nada, no decía nada.

BLANCA: Es que no te he oído.

RAMÓN: Decía que he ido a por los análisis.

BLANCA: ¿Y?

RAMÓN: Estoy sano. No tengo ningún problema.

BLANCA: Perfecto.

Pausa.

RAMÓN: ¿Qué tal tu trabajo?

BLANCA: (*Con muy pocas ganas.*) ¿Mi trabajo?

RAMÓN: Sí.

BLANCA: Bien.

RAMÓN: ¿Cuándo te renuevan?

BLANCA: No lo sé. (*Pausa.*) Después del verano. Después de la fusión.

RAMÓN: ¿Cómo?

BLANCA: (*Con aún menos ganas si cabe.*) La fusión.

RAMÓN: ¿Qué fusión?

BLANCA: La fusión del banco, papá.

RAMÓN: Ah.

BLANCA: Comentan que será después del verano. Eso dicen.

RAMÓN: ¿No llevan mucho tiempo así?

BLANCA: ¿Cómo?

RAMÓN: Diciéndolo.

BLANCA: Sí, pero ahora es distinto.

RAMÓN: Ah, claro. (*En el fondo, no está muy convencido.*)

Pausa. Blanca vuelve a cambiar el canal.

BLANCA: ¿No habías ido al médico?

RAMÓN: Sí.

BLANCA: ¿Y?

RAMÓN: Blanca, te lo acabo de decir: no tengo nada. Nada de nada.

BLANCA: Mejor.

RAMÓN: De todos modos, no estoy convencido. Creo que voy a hacerme una mamografía. Más que nada por descartarlo todo.

BLANCA: Papá, eres imbécil. ¿Y el corazón?

RAMÓN: Como un reloj de cuarzo.

BLANCA: ¿Seguro que no tienes nada? ¿No me engañas?

RAMÓN: Palabra.

BLANCA: ¿No tenías azúcar?

RAMÓN: Ya no tengo.

BLANCA: ¿Colesterol?

RAMÓN: Lo lamento, tendrás que esperar un invierno más para heredar mi piso.

BLANCA: Total, para lo que me van a dar.

Ramón sonríe, pero ha estado a punto de no hacerlo. Por un momento ha recordado a Blanca cuando se rompió el brazo saltando la barandilla enfrente de aquella casa.

RAMÓN: Tenía esa intuición.

BLANCA: ¿Cuál?

RAMÓN: La intuición de que no tengo nada.

BLANCA: Quizá debieras ir a otro médico. Yo creo que...

RAMÓN: Eres una pesada. ¿Por qué no crees en los profesionales?
¿Qué te parece si no confiara la gente en ti?

BLANCA: ¿Tanto te cuesta ir a otro médico?

RAMÓN: ¿Y por qué tengo que ir a otro médico si éste me parece bueno?

BLANCA: Siempre dicen que hay que escuchar una segunda opinión. Tú no estás bien, papá. Siempre estás muy fatigado, tienes que subir esos cuatro pisos todos los días... Cualquier día puede pasarte algo y estás solo. Creo que es hora de que pienses en vivir en una residencia, creo que esa sería la mejor opción.

RAMÓN: Puede ser.

BLANCA: ¿Quieres que llame a Alberto y te miramos una? ¿Por qué no llamas a la de tu amigo Mario? Estaríais juntos, viendo todo el día películas de Robert Taylor.

RAMÓN: Pues no.

BLANCA: ¿No has dicho que era la mejor solución?

RAMÓN: No, he dicho que podría ser, pero no lo es. Sabes que odio las residencias. No me iré a ninguna residencia. Vivo en mi casa, no necesito a nadie. Me moriré allí o en medio de la

calle, eso es algo que no se puede controlar, así que dejadme en paz tú y tu hermano.

BLANCA: De acuerdo, papá, de acuerdo.

Blanca cambia de nuevo el canal. Ramón reconoce que lo mejor es olvidarse de los cocodrilos y de la película y encender una pipa. Así que la saca y saca también su bolsa, pero...

BLANCA: ¿Vas a fumar?

RAMÓN: ¿Te molesta?

BLANCA: Si vas a fumar, salte al balcón. Aquí no se puede fumar.

Ramón guarda de nuevo la pipa. Un silencio. Kevin Kostner charla amablemente con un recepcionista negro en la puerta de un hotel lujoso en entre Parck Avenue y la 53 Este.

RAMÓN: ¿Crees que te despedirán?

BLANCA: No, papá, no me despedirán, no te preocupes.

RAMÓN: ¿No tenías un amigo allí?

BLANCA: Sí, así que no creo que me despidan.

RAMÓN: Bueno, pues no te preocupes.

BLANCA: No me preocupo. ¿Qué puede pasar si me despidieran? Treinta años, sin trabajo, con una casa que pagar... ¿Por qué me iba a preocupar? ¿Hay algún parado preocupado en este momento?

RAMÓN: Si te despiden, te echaré una mano..

BLANCA: Sí, claro.

RAMÓN: Te echaré una mano, saldrás adelante.

BLANCA: Por favor...

RAMÓN: Se me ocurrirá algo.

BLANCA: Ah, ¿sí? ¿Y en qué me vas a ayudar tú? ¿Qué crees que podría hacer por mí un hombre de más de setenta años que vive de una pensión, papá?

Ramón piensa por un instante en enfadarse una vez más con su hija, por esa antipatía que demuestra no sabe muy bien por qué. Sin embargo, contiene el enfado y se queda mirándola pensando qué coño hace él allí.

RAMÓN: Bueno, robaré un banco.

Blanca alza la mano y aprieta el botón del mando a distancia.

RAMÓN: Te he traído algo de comer.

BLANCA: No tengo hambre.

RAMÓN: Te lo serviré de todos modos.

Ramón se levanta y se dirige a la cocina mientras dice:

RAMÓN: O hablaré con Reinaldo: su hijo es director de una oficina.

Blanca entorna los ojos como si quisiera borrar el momento y el día entero y sube el volumen del televisor. Ramón se marcha a la cocina. Blanca, sabiéndose sola, se echa la palma a los ojos. Baja el volumen del televisor, agarra el auricular del teléfono y marca. Espera a que contesten. Al otro lado del aparato, alguien responde. Blanca no dice nada. Cuelga. Vuelve a

subir el volumen del televisor y mira la pantalla. La laguna se ha evaporado por la sequía y los esqueletos de los cocodrilos se amontonan bajo la sombra de los árboles casi muertos.

EL ESPACIO DE MINKOWSKY

Barrio, edificio de cuatro pisos, casa de Mario García, un tipo enclenque y de la misma edad que Ramón al que le falta una pierna. Ramón le sostiene los gemelos y la chaqueta mientras Mario se termina de colocar la prótesis.

MARIO: *(En mangas de camisa, después de dar una vuelta por la habitación.) ¿Qué?*

RAMÓN: Perfecto. Por un momento me has parecido Douglas Fairbanks. No, Stewart Granger. Eso es: Stewart Granger.

MARIO: ¿Crees que los zapatos le van bien?

RAMÓN: Claro, hombre.

MARIO: ¿Y la chaqueta?

RAMÓN: Estupenda. Estás mejor que en tu primera boda.

MARIO: En mi primera boda tenía pelo, dos piernas y cuarenta y cinco años menos. Lo que más me jode es que Maribel se

ha empeñado en bailar el vals. Con esta pierna de plástico, coño...

Mario se sienta sobre la cama y se golpea el muslo de plástico con la mano abierta.

RAMÓN: Mario, he estado pensando que...

MARIO: ¿Qué?

RAMÓN: Bueno, creo que voy a pedir una habitación aquí, en la residencia. Es posible que me quede, pero quizá solo una temporada. Al fin y al cabo siempre estoy aquí metido, cuando no me invitáis a un aperitivo, es a jugar una partida al dominó... He pensado que casi mejor reservo habitación. Y si no me gusta, pues me vuelvo a mi casa.

MARIO: Sí, eso decimos todos. Y luego salimos con los pies por delante.

RAMÓN: ¿Qué opinas tú?

MARIO: Que yo he estado aquí porque no he tenido más cojones, Ramón. Si yo pudiera, bombardeaba todas las residencias. Pero ahora me voy a vengar, ¡vendetta! Me voy al piso de Maribel, me largo, se queda libre mi habitación. No es una maravilla, pero se puede vivir aquí si tienes menos escrúpulos que la directora. La comida no es muy buena, te lo aviso. Y no te creas que me caso para salir de aquí, que yo quiero a Maribel.

RAMÓN: Es que si se te ocurra hacerle algo a Isabel, voy a ser yo el primero en partirte la cara.

MARIO: Se llama Maribel...

RAMÓN: Maribel. Procura no tomarle el pelo a la chica y pórtate bien con ella.

Ramón levanta a Mario y le coloca los gemelos.

MARIO: Bueno, si me arrepiento, me divorcio. Alego demencia senil.

RAMÓN: Haz lo que te dé la gana, pero a mí no me llames, que me conozco tus llamadas. No se te ocurra llamarme para contarme tus problemas con tu mujer, ya te lo aguanté toda la vida con Elena y no pienso volver a hacerlo. Cada vez que sonaba el teléfono, nos echábamos a temblar. ¿Crees que los demás no hemos tenido problemas con nuestras mujeres? Has decidido casarte, ¿no?

Mario no contesta.

RAMÓN: ¿No?

MARIO: Que sí.

RAMÓN: Has decidido compartir lo poco que te queda en este mundo con Maribel, ¿no?

MARIO: Sí.

RAMÓN: Pues te jodes, Mario. Si te veo acercarte por la residencia, aunque sea a cincuenta metros, te mando a casa de una

pedrada. A mí me dejas tranquilo. Yo estoy muy bien solo. Ya me buscaré otro tullido para jugar al dominó. Por aquí hay muchos.

MARIO: Lo malo es que me pierdo la entrega de medallas. ¿Qué coño pinto yo en Mallorca? ¿Van a ir tus hijos?

RAMÓN: ¿Adónde?

MARIO: A la entrega de premios, coño.

RAMÓN: No, no creo que vayan.

MARIO: ¿Has ganado la medalla de oro de dominó y no van a ir tus hijos?

RAMÓN: Es que no les he dicho nada.

MARIO: ¿Qué?

RAMÓN: No me apetece que vengan. ¿Ver cómo un viejo decrepito y medio ciego sube a un podio y le colocan una medalla de oro por haber ganado a un tullido, a un sordo y a un cirrótico de su residencia al dominó? No, gracias. Yo tampoco fui a ver a mi nieto cuando le dieron aquella medalla de natación.

MARIO: Bueno, pero eso fue por culpa de la hija de puta de tu nuera.

MARIO: Con perdón.

RAMÓN: Aquí el único que tiene derecho a llamarle hija de puta a mi nuera soy yo.

MARIO: ¿Tampoco vendrá Blanca?

RAMÓN: No, tampoco. Blanca está un poco irascible. Tiene problemas en el trabajo, creo que la van a tirar a la calle.

MARIO: Me cago en la madre que los parió.

RAMÓN: ¿De quién hablas?

MARIO: De los del trabajo de tu hija, mira que echarla...

RAMÓN: Pero si no la han echado...

MARIO: ¿Cómo que no? Si me ha dicho mi hija que lleva ya dos meses fuera...

RAMÓN: ¿Cómo?

MARIO: Vaya, creo que he metido la pata. ¿Es que no te ha contado nada Blanca?

RAMÓN: ¿El qué?

MARIO: Pues eso, la despidieron hace dos meses por motivos objetivos, dice mi hija. Qué hijos de la gran puta. Siento que te hayas enterado por mí.

Ramón se queda mirando la ceniza de su pipa y mete el dedo dentro, hasta el fondo, sintiendo el calor de lo que queda aún encendido.

RAMÓN: No, hombre, tú eres mi mejor amigo.

MARIO: Mi hija estuvo tomando café con la tuya hace uno días y se lo contó, ya sabes cómo son de cotillas. La estúpida de mi hija... ¿Cómo puedo haber tenido una hija así? Siento haber

sido yo, Ramón, pensaba que ya lo sabías. He metido la pata. La tonta de mi hija... En eso es igual que su madre, tiene el don de la oportunidad.

RAMÓN: Últimamente está muy nerviosa.

MARIO: Normal.

RAMÓN: Hablaré con ella.

MARIO: Lo siento. La vida es una puta mierda. No nos tocará la lotería...

RAMÓN: Pues robaremos un banco.

Ramón termina de colocarle la americana y una flor en la solapa. Después, la huele.

RAMÓN: ¿Conoces lo del espacio de Minkowski?

MARIO: Yo solo conozco el achique de espacios de Menotti.

Ambos ríen. Ramón recuerda entonces cuando Mario y él dejaron plantadas a aquellas dos chicas en un bar de la playa, o de cuando a Mario le dio por tocar el tambor en la jura de bandera. Ramón no sabe si Mario es su mejor amigo o no, pero le importa un rábano. Mario es Mario.

RAMÓN: Te echaremos de menos, Di Estéfano.

Ramón toma su chaqueta y sale de la habitación. Mario se queda solo, ensayando el recorrido en la iglesia, y sueña que Mamá Mariana lo toma del brazo y lo lleva hasta el altar.

RAMÓN

Según la teoría general de la relatividad, velocidades mayores a las de la luz solo son soluciones válidas si consideramos tiempos negativos. En la representación de Minkowsky, la velocidad de la luz estaría representada por dos conos invertidos opuestos por su vértice, el llamado *cono de luz*. El universo “real” tal como lo conocemos estaría contenido en el interior de ese cono de luz; fuera del cono estaríamos fuera de nuestro universo, y las partículas se moverían a mayor velocidad que la luz. Esas partículas reciben el nombre de *taquiones*, y viajan hacia atrás en el tiempo. Puesto que el universo se expande desde la singularidad inicial del Big Bang, podríamos pensar que el universo se creó por la aportación energética del propio universo, “traída” desde el futuro por los taquiones.

LA TEORÍA DE CASI TODO (1)

Ciudad, centro, parque, banco. Blanca.

VOZ: ¿Ha tenido otros embarazos?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Ha padecido alguna enfermedad genito-urológica?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Se le ha intervenido quirúrgicamente alguna vez?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Ha tenido algún sangrado?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Ha mantenido relaciones sexuales en las últimas tres semanas?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Está actualmente en algún tratamiento?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Ha realizado alguna hemodonación en los últimos dos meses?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Desea una entrevista con el psicólogo?

BLANCA: No.

VOZ: ¿Está segura de que desea ser intervenida?

Silencio.

BLANCA: No.

LA TEORÍA DE CASI TODO (2)

Ciudad, centro, el mismo parque. Blanca y Ramón. Un gran aleteo de palomas, ruido de niños que corren, de tráfico. Ramón sentado al lado de Blanca, con un cartucho de papel que contiene algunos granos de alpiste y maíz. Una paloma pasa caminando justo delante de los dos. Picotea algo de ese alpiste y alza el vuelo.

BLANCA: Cuando era pequeña me traías aquí de vez en cuando.

RAMÓN: Ah, ¿sí?

BLANCA: Una vez traté de escapar. Fui alejándome de columpio en columpio. Tú hacías como si no te dabas cuenta, ocultando la mirada bajo el ala del sombrero.

RAMÓN: Yo nunca he llevado sombrero.

BLANCA: Había muchas palomas. Cientos. Todas blancas. No es como ahora: quedan tres o cuatro y están sucias, grises. Deberían llevárselas o terminarán atropelladas por los coches.

Pausa.

BLANCA: Papá...

RAMÓN: ¿Qué?

BLANCA: ¿Cómo era yo de pequeña?

RAMÓN: Insoportable.

BLANCA: Venga, papá dímelo.

RAMÓN: ¿Cómo eras de pequeña?... No lo recuerdo muy bien.
¿Cómo de pequeña?

BLANCA: No sé, nueve, diez años.

RAMÓN: Pues... Ah, ya recuerdo. Muy seria. Nunca hablabas.

BLANCA: Qué más.

RAMÓN: Pues, no sé, ya te he dicho que no me acuerdo.

BLANCA: ¿No te acuerdas de cómo era mi pelo, por ejemplo?

RAMÓN: Claro que sí. Tenías el pelo muy negro. Y rizado. Tu madre te levantaba a las siete de la mañana para hacerte tirabuzones. Pero casi siempre ibas con una trenza.

BLANCA: ¿Qué más?

RAMÓN: Tenías una bata de guata. Y siempre llevabas algún caramelo en los bolsillos. Te pasabas la vida peinando a un gato de peluche que apenas tenía pelo. Un día te engañé y te dije que el gato se había marchado con una gata a formar una familia. Era mentira. Lo tiré a la basura de lo roto y viejo que estaba. Lo lamento.

BLANCA: No importa.

RAMÓN: ¿Qué más quieres saber?

BLANCA: ¿De qué?

RAMÓN: De cuando eras pequeña.

BLANCA: Ah, nada.

Ramón lanza algunos granos, pero ningún ave acude. Blanca tiene la mirada vuelta a alguna parte, donde la calle es un cuadro desfigurado de luces y sombras detrás de sus lágrimas.

RAMÓN: ¿Blanca?

Ramón se da cuenta de que Blanca ha empezado a llorar, pero no quiere que ella se dé cuenta de que él lo ha percibido, así que mira hacia el cielo y fuma. Blanca abre el bolso y saca disimuladamente otro kleenex. Ramón sigue chupando su pipa y comienza a canturrear una canción, una vieja canción que le enseñó su madre cuando él era niño, tan niño que solo recuerda un pueblo blanco, una fuente, y un montón de palomillas revoloteando alrededor de la luz cada noche de cada largo y caluroso agosto.

RAMÓN: *(Levantándose.)* Me voy, tengo que hacerle un recado a Mario, ya se está haciendo tarde.

BLANCA: Papá...

RAMÓN: ¿Qué?

BLANCA: ¿Por qué no vienes mañana a comer?

RAMÓN: Claro.

BLANCA: Papá...

RAMÓN: ¿Qué?

BLANCA: ¿Estás bien en la residencia?

RAMÓN: ¿Que si estoy bien? Estoy cojonudamente, no podría estar mejor. El que está fatal es Carlitos, le han dicho que...

Silencio.

BLANCA: ¿Qué?

RAMÓN: En serio, estoy muy bien en la residencia.

Ramón pone el cartucho de alpiste y maíz entre las manos de Blanca y le da un beso en la frente.

RAMÓN: ¿Y tú?

BLANCA: Y yo, ¿qué?

RAMÓN: Si estás bien.

BLANCA: Sí, muy bien, gracias.

Ramón se levanta.

RAMÓN: Date prisa, o llegarás tarde al trabajo.

BLANCA: *(Después de mirar su reloj)* Es verdad.

Ramón se marcha. Blanca se queda sola, mira la única paloma que tiene delante y vierte lentamente todo el cartucho al suelo.

EL PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE, HIPÓTESIS B

Barrio cercano a la casa de Ramón. Otra sucursal bancaria. Cápsula antecámara de la caja fuerte. Ramón pasea tranquilo en su interior. Espera la llegada de la policía. Va vestido con una americana con coderas y lleva sus gafas puestas. Desde dentro, ve cómo la gente se arremolina en las calles cercanas y hay tres o cuatro coches patrulla colapsando la entrada del banco. Detrás, una ambulancia y un camión de bomberos. Una tendera comenta a un taxista que alguien ha intentado robar el banco y que dicen que lleva una pistola. Ramón ve a los empleados salir por otra puerta y cómo son conducidos a alguna parte. Después, observa cómo varios agentes armados se acercan a la sucursal, junto a un policía con megáfono. Inmediatamente después, deja de verles, pero oye una voz amplificada por el megáfono.

VOZ: Señor, le aconsejo que se acerque a la puerta de la cápsula con las manos en alto en cuanto la abramos. No haga ningún movimiento extraño, y arrodílese y ponga sus manos en la nuca en cuanto salga de la cápsula. Siga

nuestras indicaciones y no haga ningún movimiento extraño, o tendremos que dispararle.

Ramón se ríe. Esta gente se cree que la vida es una película, piensa. La cápsula se abre e Ramón se dirige a la salida.

VOZ: Señor, siga nuestras indicaciones.

Ramón cruza el umbral de la cápsula y sale. Recibe un soplo de aire frío en la cara y ve a toda aquella gente arremolinada en la calle.

VOZ: Señor, ahora ponga las manos en la nuca y arrodílese.

Tiene gracia, piensa Ramón. Es un momento especial, para sostenerlo entre las yemas de los dedos un rato más. ¿Por qué no sacar ahora su bolsa de tabaco y meterse entre pecho y espalda otra pipa? ¿Por qué no demostrarle a toda aquella gente de la calle, de la ciudad, de este mundo, que Ramón Cortijo Llovet, natural de Larache, Marruecos; viudo, pensionista y padre de dos hijos, ha hecho toda la vida su santa voluntad?

Hecho.

Los agentes Ramírez y Velasco, que tienen orden de disparar si es rigurosamente necesario, ven cómo aquel viejo mete su mano a la altura del pecho y hacia el interior de la chaqueta y cómo saca algo que parece una pistola, o la funda de ella. Es una décima que vale una vida. Pero no, es una bolsa de tabaco. Ramón saca su pipa, la llena y la enciende. Los agentes Ramírez y Velasco se aproximan a paso ligero y con el arma apuntando al cielo.

VOZ: Ponga las manos en la nuca y arrodílese. Repito: ponga las manos en la nuca y arrodílese.

Ramón sujeta la pipa fuertemente con los dientes, se quita la americana, se la cuelga al hombro y levanta las manos y las coloca en la nuca, pero de arrodillarse, nada. Ramón Cortijo Llovet, natural de Larache, Marruecos, viudo, pensionista y padre de dos hijos, no se arrodilla.

Los agentes llegan hasta Ramón, le toman de los brazos y le sacan de allí. Ramón ve a la gente apelmazarse a la salida: los tenderos, los estudiantes, los niños y algún obrero. Se siente feliz, triunfante, cuando uno de los agentes lo introduce en el coche celular y ve a través de la ventanilla el mundo entero que le mira sorprendido. Todo está perfecto, todo salvo esa punzada que siente algo más debajo de las costillas.

EPÍLOGO

FRECUENCIA DE ONDAS

El mismo hospital, el mismo sótano, el mismo pasillo. Ramón fuma tranquilamente una pipa mientras abraza al gato. A su lado, la niña abre los envoltorios de unas hamburguesas y come.

RAMÓN: ...Así, la compleja función de ondas que definiría a un individuo nos da un número infinito de posibilidades que quedan fijadas por la interacción del resto del universo. De modo que tú estás aquí, pero la posibilidad de que estés al mismo tiempo en la Júpiter, aun siendo infinitesimalmente pequeña, no es nunca, de ningún modo, jamás, absolutamente cero.

La niña se queda mirando al viejo sin esperanza de entenderle.

RAMÓN: De modo que si tus padres no te ha encontrado aquí, difícilmente pueden encontrarte en Júpiter, ¿no crees? Nos podemos ir cuando quieras. No nos van a encontrar.

La niña no hace caso, mira el techo contemplando una palomilla golpearse una y otra vez contra la luz de neón. Luego, se restriega un párpado.

RAMÓN: Si llegamos a saber dónde estamos, no sabemos adónde vamos; y si sabemos hacia dónde vamos, no sabemos dónde estamos. (*Pausa.*) Tengo la garganta seca.

La niña deja por un momento la hamburguesa y se atusa la cabellera larga y negra. Saca un caramelo del bolsillo del pijama y se lo ofrece al viejo.

RAMÓN: (*Mostrándole a la niña la pipa encendida.*) Gracias.

La niña aparta la mirada del viejo impasible; después deja balancear sus piernas cruzadas, sosteniendo la hamburguesa férreamente con las dos manos.

RAMÓN: La dualidad onda-partícula de la energía y la materia hacen imposible medir simultáneamente la posición y velocidad de una partícula con precisión infinita, hija. Eso es así nos guste o no, no hay que darle más vueltas.

Suena un ruido de alguna parte, y el viejo y la niña miran hacia la puerta

RAMÓN: Entonces, ¿no piensas avisar a tus padres?

La niña disiente con la cabeza.

RAMÓN: ¿Estás segura?

La niña asiente.

RAMÓN: Como quieras. Yo tampoco voy a llamar a mi hija. Si no ha venido a verme en dos días, no creo que venga en este momento. También llamaré a la residencia y le diré a esa bruja de la dueña que no cargue en mi cuenta los gastos del mes que viene, que me largo, que me voy para siempre.

El viejo abre su bolsa de tabaco (una vieja bolsa de piel negra que recuerda la funda de un revólver) e introduce en la pipa un rato más de paz. Después, le pasa la pipa a la niña y ésta –una vez a dejado cuidadosamente a su lado- aprieta los hilos de tabaco hasta que se amontonan en el fondo. El viejo vuelve a tomar la pipa.

RAMÓN: Se acabaron los pelos en la comida, el tener que salir a la calle para poder echar un humo, se acabó aguantar el aliento de esa bruja a las ocho de la mañana. Se acabó aguantar a la de la dieciocho gritar toda la noche porque ve saltamontes en el techo. Pues claro que ve saltamontes en el techo, es que *hay* saltamontes en el techo, y cucarachas en el suelo, y moscas en la comida. Y luego dicen que está loca. Estaría loca si viera billetes de cinco mil encima de la mesa. Se acabó tener que soportar al de la quince cómo eructa en el comedor, y cómo se peda en el pasillo, y cómo tose en la terraza. Es un auténtico parque temático de gases, mocos y halitosis. Se acabó tener que aguantar al coronel facha de la catorce, y al ferroviario comunista de la seis; que les den a los dos. Y que le den a la puta de la trece. Por cierto, que le den también al imbécil de mi sobrino, y a mi nuera; que le den mucho a mi nuera. Y que le den a los cumpleaños de mis nietos, y a las fiestas patronales, a la Navidad, y a la Semana Santa, y a los que esquían los fines de semana, y a los que empujan en el metro, y a los conductores de autobuses y taxis, y a los celadores, y a los directores de las cajas de ahorro; y a los curas, y al ejército, y al gobierno, y al Real Madrid... Que le den a los dolores de espalda, y a la dentadura postiza, y a las pastillas, y a la

taza del váter, y a este olor a muerto, y a tanto aparato que no entiendo. Que le den a todo.

El viejo piensa un instante a qué más le pueden dar.

RAMÓN: Que le den por culo a la era digital.

El viejo para un instante para tomar aire de la pipa y volverlo a exhalar. Se levanta y aprieta el cinturón de su bata a cuadros. Luego, con el gato tomado al brazo, pregunta:

RAMÓN: ¿Seguro que no nos conocemos?

La niña no contesta, ya no hace falta. Guarda lo que le queda de hamburguesa en el envase, y éste en el bolsillo de su bata de guata. El viejo ofrece el brazo a la niña y ésta lo toma con su mano izquierda.

RAMÓN: ¿Nos vamos?

Y antes de que la niña vuelva a negarle como Judas a Jesús, ambos escuchan un ruido, esta vez casi ensordecedor; que retumba en todo el hospital y hace que los vidrios de las ventanas crepiten, y que tiemblen los tabiques y que la luz de todo el hospital se debilite. Ambos miran despacio arriba, hacia el techo: es solo una palomilla, una palomilla blanca que vuela y choca una y otra vez contra la luz de neón.

Fin.